

La calle
Diario de un espectador
La Mona Lisa
por miguel ángel granados chapa

para el viernes dos de noviembre de 2007

Cantabro, nacido en Santander el 26 de febrero de 1921, Eulalio Ferrer llegó a México antes de cumplir los veinte años, tras la derrota de la República en que creía y a la cual entregó su adolescencia y primera juventud, y después de vivir Entre alambradas, como tituló al relato de su permanencia en un campo de concentración en que el gobierno francés colaboracionista con la invasión nazi hacinó a los exiliados del otro lado de los Pirineos.

Poco tiempo después de su arribo a México Ferrer era ya una figura en la prensa, la publicidad, la farándula. Fundó e hizo prosperar la agencia de publicidad Anuncios modernos, cuyos clientes principales fueron las empresas licoreras Casa Madero y Sauza, y que patrocinó programas entrañables en la radio como Así es mi tierra. Luego creó Publicidad Ferrer y Comunicología aplicada de México. Ha escrito más de treinta libros. Este que nos ha ocupado los dos días recientes, y hoy, Da Vinci y la Mona Lisa, es quizá el número 35. En él podemos leer lo que sigue respecto del retrato de mujer más célebre de todos los tiempos:

“Como suele ocurrir con los acontecimientos que se convierten en mitos, las versiones del origen de este encargo pictórico de Leonardo no son coincidentes. La más generalizada, sin embargo, es la establecida por Giorgio Vasari: un noble florentino, próspero fabricante de telas, llamado Francesco Zanobi del Giocondo, se entrevistó con Leonardo para pedirle que pintara a su tercera esposa, la guapa napolitana Luisa Gherardini. Leonardo cobró por anticipado, según su costumbre, y se dice que el Giocondo consideró un honor que el maestro pintara a su esposa, sabiendo que dos damas prominentes de la sociedad florentina—Bianca Morella y Marghera de Mantua—aspiraban a esa preferencia.

“El pintor inició su tarea una mañana abrileña de 1503, con la promesa de terminar el cuadro en cuatro semanas, pero en ese lapso apenas concluyó la cara. No serán cuatro semanas, sino cuatro años el tiempo que le llevará la consumación de la obra, pues al mismo tiempo trabajaba en otros proyectos, como el mural de La batalla de Anghiari y la canalización del río Arno. Refiere Vasari que mientras retrataba a Mona Lisa, Leonardo tenía bufones animando su estudio con música y canciones, de modo que el semblante de Lisa pudiera ‘rehuir esa melancolía que se suele dar en la pintura de retratos’. Fueron cuatro años de recreación en los cuales Leonardo abandonaba y volvía a su obra, cada vez en periodos más espaciados, hasta lograr su propio ideal pictórico: imprimir en una tabla, con una capa de cola seca y un pincel de seda, la encarnación de la belleza. Cómplice de esa obsesión, el retrato de la Mona Lisa se convertiría en ‘la compañera de largo plazo’ de Leonardo: no sólo trabajó en ella cuatro años, sino que la mantuvo a su lado nueve más, custodiándolo en la hora de su muerte. Fue, quizá con excepción de su madre, la única presencia femenina que determinó su existencia.

“¿Por qué aceptó Leonardo hacer el retrato de la Mona Lisa? ¿Por qué tardó más de cuatro años en terminarlo? ¿Por qué Leonardo en vez de entregar la obra a Francesco del Giocondo se la llevó consigo a Milán, Roma y Francia? Las respuestas son diversas y aun contrapuestas. Pero ninguna disminuye o niega el genio creador ni la importancia de la obra. Algo singular debió encontrar Leonardo en la modelo para pintarla después de haber rechazado otros encargos de papas y reyes. En oposición a la tesis que asegura que Leonardo no participaba del amor por las mujeres, hay quienes han escrito que el pintor se enamoró intensamente de la Gioconda, alargando las sesiones de trabajo tanto como las horas de conversación. Pero es posible que Leonardo se enamorara más de su pintura que de la modelo”.